

CÓMO CONSEGUIR  
**ROCKDELUX**  
 DESDE AMÉRICA



"Hubo un tiempo en el que se suponía que me iba a llamar Didier, pero mis padres se echaron atrás debido a los consejos de una enfermera, prendada de su sobrino Dominique. Me hubiera gustado conocer a esa mujer

**BIBLIOTECA POP. (2013)** [Óscar Giralt](#)

## DOMINIQUE ANÉ Vuelta a los orígenes

Por [Dominique Ané](#)

**El próximo lunes, 18 de febrero, la editorial Alpha Decay publica en España “Regresar”, reflexión autobiográfica de Dominique A(né) en la que el cantautor francés rememora su relación con su ciudad natal (Provins, en el departamento de Seine-et-Marne), donde vivió hasta su adolescencia. Un texto de sensaciones e imágenes evocadoras, aparecido originalmente en Francia en 2012 (bajo el título original de “Y revenir”), que ahora puede disfrutarse en esta edición en castellano con la traducción a cargo de Mercedes Cebrián y el prólogo del escritor y editor Julián Rodríguez. Dominique dará a conocer el libro en Barcelona en dos jornadas: el día 20 en La Central del Raval (19:30; con introducción de Mathias Enard) y el día 21 en Heliogàbal (22:00; por 12 euros se accederá a la presentación del libro, de nuevo con la presencia de Enard, y a una pequeña actuación del propio Dominique A; además, se entregará un**

**ejemplar de “Regresar” como regalo). Aquí ofrecemos un avance de “Regresar” de Dominique A en primicia exclusiva.**

Nazco una tarde de octubre. Es domingo. Mi padre espera en casa viendo un partido de fútbol en la tele. Hubo un tiempo en el que se suponía que me iba a llamar Didier, pero mis padres se echaron atrás debido a los consejos de una enfermera, preñada de su sobrino Dominique. Me hubiera gustado conocer a esa mujer para darle un abrazo.

Vivimos en la rue des Marais, encima de un colegio. La calle está atravesada por numerosos canales que protegen la zona de las inundaciones. Las paredes se hunden en el agua y las algas se pegan a ellas. Aquí ondea la añoranza de otra época, que brota de las series de televisión que suelo ver. Sin entenderlas todas, me gustan las que transcurren en “tiempos pasados”, porque me hablan de cosas que conozco. Estos tiempos son mi presente, cubierto por el halo del “nunca jamás”. Dejo que tiren de mí hacia atrás sin resistirme, otorgándoles toda mi confianza de niño: no puedo creer que puedan dañarme.

Falta muy poco para que lo vea todo en blanco y negro.

Con un tintineo de campanillas, un polvo de estrellas se disemina sobre una cama de la que sobresalen dos cabezas infantiles. Después, el oso de peluche trepa por la escalera que le lleva a la nube donde le espera el hombre de la arena, y la nube tuerce hacia el fondo de la pantalla como teledirigida sobre unos railes. Entonces se eleva la melodía compungida de una flauta. Yo me bajo de mi silla y me precipito hacia la cocina, donde le informo a mi madre, que está preparando la cena, de que “*ya se ha terminado*”.

No hay manera de pasar el mal trago: las cosas terminan. Enseguida fui consciente de ello. Apenas comienza uno a sacarle partido, hay que renunciar. Cuando se produce lo que estaba esperando, anticipo la experiencia del final; adelanto la decepción que trae consigo para así atenuar los efectos. La música de los seriales, con sus acordes menores y sus armonías quejumbrosas, me alienta a hacerlo. Todo es solemne: la piedra de alrededor también me dice que he llegado a un momento en el que “*ya se ha terminado*”, y en este ambiente debo crecer.

Quizá haya que ser astuto para poner el tiempo a los pies de uno; como ese chico hijo de un carpintero que, tras ser títere, se volvió niño por mediación de un hada, y cuyas aventuras catódicas sigo con pasión. Al no obedecer sino a su instinto, se consagra solo al momento presente; no anticipa nada, el pasado le es indiferente, es libre. Lo paga caro y se vuelve a convertir en pedazo de madera por haber desafiado las prohibiciones del mundo de los adultos. Tras innumerables pruebas, consigue recobrar la forma humana, y en la última imagen del último episodio se le ve correr por una playa, arrastrando a su padre, que apenas puede seguirlo. Un niño entonces puede ser quien dirija la marcha, tirando del viejo mundo tras él. Para eso se requiere mucho valor y yo no estoy seguro de tener tanto. Pero sea cual sea el precio que hay que pagar, parece preferible ser un niño antes que un pedazo de madera.